

INVESTIGACION EN TORNO A LA MUERTE DE JOSEFINA B.

La noticia de la muerte de Josefina B. apareció en un recuadro en la páginas interiores de un periódico especializado en la crónica roja.

DESNUDA Y MUERTA EN LAS ROCAS

Lo cierto es que, fuera del titular, no había mucho más que decir, pero el periodista se encargó de que el cadáver desnudo de una hermosa mujer encontrado en los roqueríos de una playa del litoral central se convirtiera en un estímulo irresistible para los bajos instintos de sus lectores.

Ayer en la mañana y mientras se aprestaba para comenzar una jornada más de trabajo, un mariscador del lugar encontró el cadáver desnudo de una mujer de unos 30 años de edad aproximadamente, escondido entre las rocas junto al mar. El cuerpo, a primera vista, no presentaba signos exteriores de violencia.

Consultado por este corresponsal, el comisario Carrasco explicó que, en el estado actual de la investigación, no descartaba ninguna hipótesis, incluyendo la del crimen pasional.

El suceso ha conmocionado a los habitantes de la tranquila caleta de pescadores ubicada cerca del sitio del hallazgo. Una mujer, sin embargo, nos informó que el mirador que estaba sobre las rocas era utilizado frecuentemente por parejas que, según ella, iban allá para hacer cosas sucias, afirmación que a todas luces es cierta, pues el suelo está sembrado de botellas vacías de licor, de tarros de cerveza y de preservativos usados.

Por el momento, el misterio rodea el cuerpo sin vida de la mujer desnuda, que llevaba como única vestimenta una delgada cadenita con una medalla que decía, simplemente, Josefina B.

Los archivos de la policía están llenos de cadáveres anónimos, sin historia. Son cuerpos que han sido encontrados en callejones oscuros, en piezas de motel o en sitios eriazos y que no han sido capaces de entregar ninguna pista acerca de ellos.

Nada alarmante, en todo caso. Nada que exceda los promedios de las policías más modernas y eficaces del mundo.

Creo poseer una habilidad innata para no estar ni ahí cuando debiera y para estar cuando no debo. Muchas cosas en la vida suceden simplemente porque tenían que suceder y uno está justo ahí y en el momento preciso. Eso se llama "la mecánica implacable del destino".

¿Qué tenía yo que ver con la tal Josefina B.? Nada en apariencia, pero sin embargo me abrumaba la certeza de que, en alguna parte, su línea se había cruzado con la mía. Sentía que debía saberlo todo acerca de ella: quién era, qué hacía, quiénes habían sido sus amigos, quiénes la habían amado...

Tenía pocas pistas para recomponer su vida: un nombre y la inicial de un apellido y un vago rastro que había dejado en un bar de Santiago la noche de su muerte. ¿La noche que había sido asesinada?

VIDEOTESTIMONIO 1: Susana Pérsico

"Llegó esa noche tipo diez, diez y media y se sentó en esa mesa. Lo primero que me llamó la atención en ella, fue el trago que pidió. En general, la gente que viene acá no sale del pisco sour, de la vaina o de la margarita, pero ella pidió un mezcal con Kalhua. No daba la impresión de estar esperando a alguien, porque no miraba el reloj y cuando llegaba a mirar hacia afuera, lo hacía sin ansiedad... simplemente curiosa, pero ni tanto tampoco. No sé... estaba ahí, como en otra. En general, acá en Chile es raro ver a una mujer sola en un bar. Es divertido porque, ahora que recuerdo, tuve un poco la sensación de estar viendo una película con la Juliette Binoche. Después llegaron unos amigos míos, nos pusimos a conversar y no la vi cuando se fue".

No era mucho lo que había sacado en limpio, pero hubo una frase que me pareció ser más que una simple coincidencia: esa misma noche, la de su muerte, yo había ido a ver Bleu, con la Juliette Binoche.

Era poco, es verdad, pero ya era algo y, por último, era lo único que tenía para seguir adelante.

Es probable que otro se hubiera dado por vencido, pero mi instinto me aseguraba que estaba bien encaminado. Sabía que si conseguía encontrar la punta de la hebra, ya nadie podría detenerme.

Fui entonces a un cafetín que estaba junto al cine donde había visto la película.

A esa hora de la noche, el local estaba lleno y bullicioso. Me senté en la barra y me dediqué a observar a la gente, tratando de descubrir algún indicio, algún gesto capturado al azar y que me indicara que estaba en el camino correcto.

Me gusta estar en esa situación: como nadie sabe que yo estoy ahí registrándolo todo, mi presencia pasa desapercibida y no afecta la espontaneidad de los comportamientos. Cuando uno se siente observado, deja de ser y empieza a actuar y era justamente eso lo que yo no quería. Dejé que mi mirada se paseara distraídamente, sin que se detuviera sobre ninguna persona en particular, pues sólo sabría lo que andaba buscando cuando lo encontrara. Recordé el consejo que el gato de Cheshire le dio a Alicia antes de que su sonrisa se desvaneciera completamente: "Cuando no sabes donde quieres ir, cualquier camino que tomes será el correcto".

Como era un lugar frecuentado por intelectuales, las conversaciones que sostenían y que yo alcanzaba a escuchar desde mi puesto de observación, no eran demasiado interesantes. Para decir las cosas por su nombre, eran bastante banales y digo esto sin ningún ánimo de ofender. La sensación que tenía era un poco como estar recorriendo un cementerio, leyendo los epitafios grabados en las lápidas. Los

primeros pueden ser incluso emocionantes, pues uno imagina el dolor, la angustia, y el desamparo de quienes abandonaron ahí a sus seres amados. Pero al décimo, la percepción cambia porque los mensajes se empiezan a repetir y terminan por convertirse en palabras huecas que se sustentan únicamente en su formalidad. Me sucede lo mismo con ese tipo de conversaciones que escuchaba esa noche: tras cruzarse las primeras palabras, me creó la expectativa de que tras ellas hay sentimientos, ideas, puntos de vista originales, pero la ilusión no dura demasiado. Al poco tiempo, me doy cuenta de que son las mismas ideas viejas, los mismos slogans, los mismos lugares comunes que he escuchado mil veces antes y formulados exactamente en los mismos términos. Por cierto, el juego consiste en acaparar para sí un máximo de tiempo de palabra y cuando es inevitable cederla y convertirse en escuchante, esa pausa se aprovecha no para oír los argumentos del interlocutor, sino para preparar la continuación del monólogo interrumpido.

Había varias caras conocidas y hasta podría ser divertido que dijera de quienes se trataba, pero hay algunos autores especialistas en el tema que tienen mucha más picardía que yo para hacer del chisme un objeto literario.

Cuando ya empezaba a creer que me había equivocado y que seguramente deliraba el instante que pensé que una vaga coincidencia podía ser el comienzo de una pista, mi recorrido se detuvo en un tipo que se estaba tomando una cerveza en el otro extremo de la barra. No sabría decir qué fue lo que hizo que ese hombre me pareciera distinto a los demás. Tal vez fue su mirada. Era la misma que debía haber tenido la Josefina esa noche en el bar, cuando aún no sabía que, después de ésa, ya no habría más noches.

Empecé a observarlo, teniendo cuidado de que no se percatara. No fue difícil, porque él parecía no prestar ninguna atención a lo que sucedía a su alrededor.

Me sucede a menudo de adoptar esa misma actitud, así es que sabía muy bien lo que pasaba dentro suyo.

Se parte por intentar reconstruir parte del pasado más inmediato, pero cada evocación nos va llevando a lo sucedido en días anteriores, en años anteriores, en vidas anteriores. Es como una película vista al revés y, cuando uno menos se lo espera, está metido en un viaje interior con infinidad de desvíos, atajos, túneles y callejones sin salida.

En ese instante, el hombre me miró, sereno, distante, sin agresividad ni curiosidad.

-¿Vienes de ver la película?, me preguntó.

-No, le respondí, algo sorprendido al verme interpelado. La vi la semana pasada.

Hizo un leve signo de asentimiento.

-Las mujeres de ese tipo están sentenciadas a morir jóvenes.

-¿Y violentamente?, pregunté, ya con la certeza de haber encontrado a quien andaba buscando.

-Por supuesto. La muerte es siempre violenta. ¿O tú conoces alguna que no lo sea?

-Quise decir, no provocada por causas naturales, le aclaré, odiándome por no haber resistido a la tentación de caer en el lugar común.

Encendió un cigarrillo y sonrió.

-Eso no tiene ninguna importancia. No pasa de ser una anécdota.

Visto desde cierto punto de vista, no dejaba de tener razón, aunque igual me chocó que definiera un probable homicidio como una simple anécdota, tal vez por creer que esa frase era patrimonio de los militares, y él no parecía serlo.

Empecé a tomar conciencia de que la situación en la que me encontraba era bastante extraña. Estábamos sentados a un par de metros de distancia y hablando sobre la muerte de Josefina B. (o al menos así lo presumía yo), con la misma naturalidad con la que podríamos estar comentando un acto de corrupción de parte de un funcionario gubernamental. Pero, bueno, yo sabía desde un principio que ésta no sería una investigación común y corriente.

Hubiera querido seguir con la conversación, pero él volvió a quedarse absorto en sus propias imágenes, no dándome ninguna posibilidad de seguir con el tema.

Poco a poco y considerando como cumplida la noble misión de haber contribuido al engrandecimiento de la cultura nacional, los intelectuales comenzaron a retirarse, hasta que sólo quedamos nosotros dos y un tipo que tocaba al piano una canción de los Beatles.

No sabría decir cuanto tiempo permanecemos ahí. De pronto, el tipo dejó un billete sobre la barra, se puso de pie y se dirigió a la salida. Al pasar frente a mí, se detuvo y me dijo:

-La vida es una suma de anécdotas y la muerte es sólo una más de ellas.

Y agregó antes de salir:

-Todos los instantes son graves, pero el último mata. Esa es la única diferencia.

Lo seguí y lo vi entrar a un edificio en muy mal estado que tenía junto a la puerta un cartel de la Municipalidad anunciando su pronta demolición.

Me quedé en la calle, mirando hacia arriba, hasta que una luz se encendió en el tercer piso.

Ya era suficiente por esa noche. Tenía la sensación de haber dado un paso importante en mi investigación y que, de ahí en adelante, las cosas comenzarían a resultar más fácilmente.

Llegué a mi departamento y empecé a consignar en mi computador los acontecimientos del día y, al referirme a una actriz que había visto esa noche en el café con la palabra "cartuchona", el corrector cibernético de mi Mac reaccionó airado y me sugirió que la reemplazara por "cartesiana".

Hay noches en que no soy capaz de comprender el sentido del humor de mi computador.

Me recosté en mi cama y me dediqué a hacer un primer balance de lo realizado hasta ese instante. Sin saber exactamente por que, llegué a la conclusión de que Josefina B. no había muerto de muerte natural. Dilucidado ese punto, se me presentaban dos alternativas: ¿Había sido un suicidio o alguien la había asesinado..? Cualquiera de las dos opciones me abría una nueva serie de interrogantes, muchas de las cuales eran válidas para ambas. Para no perder tiempo, decidí empezar por resolver aquéllas, mientras no estuviera completamente seguro de la modalidad de su muerte.

El letrero de neón de una boite topless que estaba frente a mi ventana proyectaba sus luces intermitentes sobre el muro junto a mi cama. Ciertamente

influenciado por la canción de Serrat, noté que le estaba haciendo falta una mano de pintura.

Esa noche tuve un sueño y aunque, soñando, me prometí que lo recordaría al día siguiente, cuando desperté ya lo había olvidado por completo. Eso me sucede muy a menudo. Debe ser que tengo un subconsciente poco comunicativo.

FINAL

...me senté en mi cama, prendí un pucho y accioné el control remoto de mi cámara de video.

VIDEOTESTIMONIO: CHERE ARENAS

Como se habrán dado cuenta, yo soy el narrador de esta historia. El Philip Marlowe.

Les mentí al comienzo cuando les dije que no conocía a la Josefina. Pero fue una mentira a medias: yo la amaba, pero nunca llegué a conocerla. Uno siempre cree que ama lo que conoce de la otra persona. A mí me sucede todo lo contrario: yo amo aquello que me queda por descubrir.

Ella era... cómo decirte... luminosa, oscura, arbitraria, dulce, violenta...

Era como vivir con diez minas distintas al mismo tiempo y eso me obligó a viajar a lugares míos que yo ni siquiera sospechaba que pudieran existir.

Pero un día, empezó a comportarse extrañamente. Dejó de ser parte mía, de ser mi cómplice y, poco a poco, empecé a perder el control de la situación.

Sin que me diera cuenta cómo, ella estaba dirigiendo hasta los aspectos más íntimos de mi vida. Ella decidía cuándo nos veíamos, cuándo hacíamos el amor o cuándo hacíamos la guerra...

¿No les pareció raro que ninguna de las personas que dieron su testimonio pudiera mostrar alguna prueba concreta de la existencia de la Josefina? Ni siquiera el fotógrafo que aseguró que le había sacado fotos en pelotas.

¿Y saben por qué no pudieron hacerlo..?

Porque yo la inventé a la medida de mis fantasías más delirantes y de mis zonas más oscuras.

(Empieza a acercarse una sirena de la policía)

Pero ella quiso demostrar que era más fuerte que yo, que podía vivir sin mí, ¿te dai cuenta..?

Fue mi obrita maestra, pero eso no le bastaba. Siempre quería más.

Entonces no tuve más remedio que matarla antes de que ella me matara a mí.

Pero valió la pena.

(Se escuchan fuertes golpes a la puerta. El video se interrumpe)